

LA ÉPOCA MÁS DULCE DEL AÑO

LAS FRONDOSAS RAMAS OSCURAS DE los olmos alineados se sumergen en el prado como un banco de remos de galera, donde las ramitas de los extremos mezclan sus jóvenes hojas con la espesura de diversas hierbas y plantas en flor. Una miríada de estrellas de hierba gallinera y las torres púrpuras de las orquídeas de tierra se dan la mano, digamos, por encima de las ramas del olmo envueltas en los exuberantes brotes de la primavera. Dando sombra a las constelaciones de flores se elevan como enormes columnas los troncos de los olmos, con el oscuro nido de un cuervo balanceándose en las ramas más altas —el nido ya destrozado por el disparo vengativo del granjero—.

Allí, a mediados de marzo, cantaba el mosquitero común, primer visitante de estos prados de Wiltshire desde las tierras cálidas del sur donde siempre reluce el mediodía. Cuando la avenida silenciosa se vio sorprendida por su suave trino, los espinos y sus brotes aún esperaban antes de estallar, y las violetas apenas acababan de abrirse. Con vuelo ondulante siguió la larga hilera de olmos entre las ramas más altas, silbando mientras volaba. Parecía que no le preocupase otra cosa más que cantar, cantar al sol; y aunque su canción —las dos sílabas repetidas media docena de veces

en pausada sucesión— a veces se veía interrumpida por una causa no manifiesta, esa voz sobre la que el oído se fijaba con intensidad, casi no cesó aquel largo día de marzo. Moviéndose entre las ramas de los anchos robles, variaba su canción con un suave chirrido hacia dentro. Su forma delicada, de gracia cincelada con elegancia, se movía por todas partes a lo largo del sendero y, siendo el pájaro cualquier cosa menos tímido, sus movimientos vivaces podían observarse mientras escrutaba las grietas entre los brotes; podían percibirse los agradables tonos de su plumaje, aparentemente pardo en la parte de atrás, pero con un toque verde oliva —para el cual debe buscarse similitud entre las hojas del castaño en otoño—, y pálido en el pecho. Este mosquitero común estaba solo en el sendero, pero, más adelante, cada doble seto y soto junto al camino albergaba al menos uno de ellos.

Al día siguiente, un día de calor radiante, los mosquiteros abarrotaban el camino con la lluvia de sus trinos, ahora perdidos al rivalizar con el chillido más alto del chochín, pero, por su persistencia, siempre triunfantes al final. El sol, con su fuerza creciente parecía extraer cierta fragancia de la tierra y había una carga especial en el ambiente. El calor, además, había dado a luz una multitud de insectos recién nacidos, una hueste brillante que llenaba la hierba, reptaba por las hojas y tomaba el sol en la orilla templada. Pequeñas moscas y escarabajos, con brillante cota de malla de esmeralda y marta cibelina, y con sedosas alas dobladas, saltaban a la vista en cada curva. Para alguien que escuchara en silencio en el soto, el tono bajo de la canción de los insectos de verano se hacía más evidente al oído: era el zumbido de innumerables alas de gasa abanicando el aire ligero a través de la música menos insistente de los mosquitos que danzaban en lo alto y llegaba desde los sauces junto al arroyo.

Una banda casi incontable de abejas revoloteaba alrededor de las «palmas», que se habían vuelto doradas con una sola mañana soleada, con el runrún de sus ligeras alas

batiendo. Algunas enterraban sus cuerpos rayados de color ámbar en el polvo dorado y los vientos suaves que jugaban entre el ramaje no las espantaban, se balanceaban con las ramas; otras se detenían un momento sobre los batientes abanicos. Con ellas se mezclaban moscas moteadas, pero estas rara vez visitaban los amentos; como criaturas solares que son, simplemente reptaban por las ramas caldeadas entre ese olor almendrado que tanto parece gustarles. Cuando se acercaban a las palmas solo era para revolotear alrededor, despreocupadas y volubles, entre la riqueza de este grano microscópico. Las abejas de cuerpos curvos estaban tan interesadas en el oro que tres o cuatro de ellas colgaban del mismo amento, ocultando el tesoro del polen que retiraban rápidamente y después, con su pesada carga, proseguían su camino hacia sus lejanos nidos. Todas las ramas del sauce se curvaban por la punta y le daban un aspecto elegante desde el tronco hasta las ramitas más finas. Los amentos estaban casi todos en el extremo, especialmente aquellos cargados del amarillo más brillante.

Siguieron días de agradable calidez y las hojas de nueve ángulos del tusilago surgieron junto a sus flores de cabeza caída. El canto del mosquitero común ha perdido ya su singularidad y se suma al coro primaveral, ahora casi al completo. Se ha añadido otra voz, una que se pasa por alto fácilmente, de notas cortas. El escribano cabecinegro, mientras prosigue su camino por la hilera de setos, canta desde las ramas más altas, donde su copete negro le aporta distinción, el canto más sencillo y débil de todos los cantos, unas cuantas notas lastimeras entrecortadas, exclamadas a intervalos, y menos melodiosas aún que las del escribano cerillo. Más complicado es el hermoso tse, uiiida, uiit del carbonero común que canta mientras revolotea entre los troncos grises del fresno desnudo. Arriba en el éter sin límite la alondra canta y en su alegría salta en el mismo aire. Descendiendo y cantando todo el tiempo, se detienen a un metro sobre la

hierba y su canto muere con un dulce y suave chriup-chriup. Las mismas sílabas, las más dulces, también forman las notas culminantes del elegante éxtasis en vuelo de la alondra. Más allá, al otro lado del arroyo, la ladera llamea con el tojo al sol con sus innumerables lenguas doradas que centellean con el último aliento del viento.

Sobre el montículo verde yace una hoja de roble muerta, de un sobrio color pardo y nada más a primera vista. Ahí ha estado durante el invierno, mientras algunas de sus compañeras aún colgaban marchitas y demacradas cerca de los retoños. Su borde ondulado se ha mantenido intacto a pesar del viento, la lluvia y la escarcha. Con el paso de los meses se ha oscurecido y curvado, hasta ser un semicilindro del color del cuero viejo; pero debajo de la superficie marrón se ve una hermosa variedad de rayas de tonos ambarinos, extrañas motas de color castaño, rojo y rubio oscuro, y abriéndose camino entre todo, una capa de oro desvaído. Cada tono distinto brilla espléndido cuando los rayos del sol iluminan la lustrosa superficie curvada. Es el último resto del invierno y del año que ha pasado, sostenido entre los brotes de principios de primavera; un pardo marchito en medio del verdor joven. En la acequia de abajo, el agua se ha vuelto rápida y profunda y a través del denso matorral hace un ruido como de hielo resquebrajado. Otra acequia cercana, ancha pero estancada, está asfixiada de algas y puestas de rana, estas últimas se ven negras cuando se elevan sobre el nivel del agua. Mientras las ranas estaban aún frezando y se acercaba un intruso, muchas se apresuraban a toda velocidad a refugiarse en las algas del fondo; al hacerlo, una gran conmoción turbaba el agua, y aquí una pata, allá un lomo moteado de amarillo, asomaban a la superficie.

Hay una calidez peculiar, turbia, en los prados, que se convierten en bahías, rodeadas por altas filas de setos, dentro de las cuales la atmósfera es inmóvil y sofocante. Es en este fugaz bochorno, dispersado en un momento por un

chaparrón, cuando ama el pinzón; y bajo un cielo así, donde el azul a menudo está velado por nubes rezagadas, oscuras e hinchadas, él canta su canción muy a tono con la somnolencia del alrededor. Mientras la hierba casi no se mueve y el mimbre solo asiente, el pinzón es el dueño del roble, el olmo y el anillo de setos para su puesta. Hay pocas hojas todavía para dar sonido a la lluvia y, salvo por un débil siseo en el plácido arroyo, la lluvia cae entre la hierba y los árboles desnudos en silencio. El aguacero calla al pinzón y una sombra descansa sobre las lejanas colinas borrosas que se curvan hacia el horizonte oriental. Al fin cesa el canto de las gotas de lluvia contra el agua, mientras el sol de nuevo ilumina las colinas y muestra las últimas nubes palideciendo entre los árboles. Arriba, el cielo azul sin igual, vetado de una blanca película de vapor, deslumbra la vista; de inmediato oscuras masas pasan por encima y el paisaje queda en sombra.

Los rayos de sol bailan a través de las mimbreras e iluminan la superficie del arroyo, penetrando hasta sus profundidades. Un banco de piscardos se mueve contra corriente, parecen cuñas largas e interminables, oscuras, salvo donde el lado plateado se gira con un destello del sol como respuesta. Sus estrechos cuerpos tiemblan mientras avanzan y, en ocasiones, una escama marca un hoyuelo en el agua o se forma un laberinto de círculos cuando los piscardos salen disparados al asustarse de una sombra. Sobre el agua el primer insecto «patinador» flota tranquilo, las patas hacen que parezca un barco con batangas, pero, cuando me mueve hacia adelante, rompiendo la superficie con ondas que se disuelven rápidamente, parece un remero que avanza con golpes recurrentes, contento de tomar el sol con el mínimo esfuerzo y descansar sobre sus remos. En ocasiones el «patinador» se queda varado entre las piedras y el insecto, que es barco y remero a la vez, desaparece. Tan rápidamente que el ojo no puede adivinar su forma o color, un insecto grande aparece y se sumerge de pronto en el arroyo, sin dejar ondas

detrás y sin visos de reaparecer: como una piedra lanzada, desaparece de la vista. Ora casi tocando las aguas, ora en lo alto, por encima de las ramas de la mimbrera, los jejenes zumban con una nota más fina y aguda que las abejas. El más brillante de todos los insectos precoces, una mariposa *Aglais*, revolotea lanzando el reflejo de sus alas angulosas sobre el espejo del arroyo. Busca las flores del tusilago en la orilla y brinca de flor en flor bajo el sol que esta mañana desplegó sus enjoradas alas. Se mece con la flor que cabecea; mientras se mueve arriba y abajo, se abren y cierran sus abanicos, arriba y abajo, según le apetece a la feliz bebedora de sol. Aunque aún no desprecia ninguna flor, no se aventurará entre los pétalos colocados con cuidado para tentarla entre las hojas de un libro. Separada de sus raíces ya no le resulta atractiva, sin embargo una abeja sí seguiría a un fragante ramillete hasta el interior de la casa. Solo durante un segundo abandona el mosquitero su canción y se lanza jugueteón desde una rama alta del fresno, haciendo un viraje con sus rápidas alas mientras desciende girando como un volante hasta el suelo.

En la bandada de grajos de los olmos cercanos a la granja que se encuentra más allá, hay el doble de parejas de grajos que nidos que reclamar en el asentamiento. Tras días de ruidosa lucha en los que poco se hizo salvo arreglar los nidos hechos jirones, la construcción ha comenzado de nuevo en muchos árboles. Pero el calor ha adormecido incluso a los ruidosos grajos, que gritan con una somnolienta languidez mucho más suave de lo habitual. Están tan atareados que toman el camino más corto y barren la tierra de vuelta a casa sin esperar al otro. Algunas veces un rosario de ellos sigue en rápida sucesión, con su plumaje azulado brillando mientras esfuerzan el vuelo, articulando un sonido interior que recuerda a sus juveniles de mediados de mayo. Los robles y los olmos yacen caídos en el camino y los grajos vienen aquí a buscar las ramas amontonadas que se rompieron con

la caída de los árboles. Donde el ganado busca la estrecha sombra que aún queda, las lavanderas, con su contraste bicolor en blanco y negro, llegan a alimentarse entre las patas de los animales que pastan con lentitud. Si aquí hay un poco de sombra, no hay ninguna para las ovejas que están a lo lejos en las colinas, ahora vibrantes por el resplandor del mediodía. Sin dejar de pastar, a tanta distancia, las ovejas parecen inmóviles salvo cuando se las observa durante mucho tiempo.

Los grajos y las avefrías se alimentan juntos en los prados, pero no en buena compañía. Uno de los primeros no deja de lanzarse con maldad contra uno de sus vecinos de alegre plumaje, que elude su torpe ataque con un simple aleteo de las redondeadas alas y un grito carcajeante mientras se posa más allá. Cuando la avefría desciende, cierra lentamente las alas con una muestra consciente de sus plumas bicolores. Ahora los grajos abandonan el prado y las avefrías se quedan solas; pero no estarán calladas mucho tiempo, ya que pronto comienzan a pelearse entre ellas. Es hermoso observar sus fáciles giros en pleno vuelo cuando intentan superar a su rival. Ahora una pareja parece un solo pájaro y de nuevo se separan para volar alto y girar en direcciones opuestas. Mientras vuelan, el sol brilla sobre sus crestas y rayas verdosas, y la avefría se balancea en el aire con su destreza voladora. En un movimiento continuo y recto, extraño de hecho para una avefría; sus alas no hacen sonido alguno, pero en las carreras giratorias de lado a lado en el combate o en el cortejo amoroso producen un extraño sonido parecido al viento, como si sus articulaciones estuvieran rígidas. Bajo el fuerte sol, cuando deslumbra mirar hacia arriba, este sonido delata al ave cuando pasa por encima.

Aunque menos ruidoso y decidido, se parece mucho al balido de la agachadiza y puede oírse a cierta altura, aunque los giros que lo causan normalmente lo hace cerca del suelo. Las avefrías solo visitan este prado para jugar y

alimentarse; su hogar primaveral es la tierra de labranza, donde anidan entre los surcos. Cuando pasan volando bajo, golpean el oído con sus fuertes plumas primarias, lanzan un grito similar a pi, uu, vit. Las avefrías a menudo se acercan lo suficiente para observarlas con detalle, pero el chorlito dorado, que caza durante un tiempo en el mismo terreno, rara vez se pone a tiro, y, si lo hace, su curso se ve alterado por un latigazo y un destello cuando el sol ilumina centenares de pálidas plumas del pecho. Con un cuidadoso avance marcial, se eleva el chorlito, casi invisible, ya que las plumas más prominentes de la espalda son oscuras y se eleva rápidamente hasta una altura borrosa entre las nubes. Su silbido, agudo y penetrante, y en cierto modo parecido al pi, uu, vit, llega al oído desde una distancia inmensa cuando casi no se pueden ver. Cuando vuelan por encima, la formación en cuña se ve claramente en el cielo; incluso cuando rompen filas debido al viento o a un cambio de fuerzas en las largas corrientes con las que abandonan el suelo, se mantiene la cuña y en ocasiones aparecen tres de estas formas alineadas. Cuando el chorlito hace un viraje o gira arriba en el aire, las filas se alteran para formar un arco que vuelve gradualmente a su forma primigenia cuando estabilizan su curso. Una vez, con un viento fuerte, se vio a un chorlito elevarse en una oscura y larga línea, como un cohete ascendiendo sobre las colinas y, cuando era casi invisible, se detuvo y bajó haciendo una curva, lo que seguía pareciendo las chispas esparcidas del cohete. Según pasan las horas, puesto que en pleno vuelo se alinean altos y bajos, disipándose entre las nubes, de pronto aparecen como una hermosa nube de verano sobre la línea de las colinas.

Amplias flores de hierba doncella, de un morado intenso, pero no brillante, se aprietan contra la piedra gris del muro de la casa del guardés, medio ocultas por las hojas redondas y brillantes que se agarran a las grietas. El estrecho sendero de la ladera de la colina se mete aquí en un desfiladero

de abetos que da refugio a la casa, serpentea cerca del viejo muro, festoneado de penachos de la hierba joven que crece en montones. En su base, donde las piedras deshechas por el liquen ocultan el alimento de los primeros zorzales, las pálidas flores de la vinagrera se mecen bajo el dosel de sus elegantes hojas que caen en tríos contra la mata que la sujeta, y parecen un hayuco por la combinación de su forma. Hasta ahora el viento y la lluvia han dejado en pie las hierbas enredadas del último verano y los brotes frescos que crecen lentos entre ellos apenas llaman la atención, pero un tallo solitario, con forma de serpentina, se agita sobre el resto y, mientras ondea, golpea a sus vecinos ajados y rígidos. Como las ramas incrustadas de nieve en invierno, las ramas del peral del huerto parecen casi inclinarse bajo el peso y la riqueza de las blancas flores, soleadas y relucientes por las gotas de rocío que bordean los delicados pétalos. Con el viento cálido y acariciador que llega del sol, las crujientes ramas florecidas se doblan y se elevan con un movimiento lánguido y soñador, pues el aroma y la belleza de millones de pétalos parece incoherente con este brusco movimiento. El huerto, una agitada masa de flores, desde lejos parece la línea de espuma que salpica en la orilla, aunque el viento con sus brincos no arroja aún una lluvia de pétalos como copos, que se elevan y caen girando hacia el césped entre los narcisos. Más allá de las flores del peral, una simple línea estrecha vista desde la distancia, se estira el ancho mar de abetos susurrantes, cuya densidad se ve abruptamente interrumpida aquí y allá por la envergadura de un roble con sus ramas desnudas que crea un hueco pálido en la oscura cumbre siempreverde del bosque. Entre los abetos el faisán emite su grito alto y extraño, como si asegurase que es aquí él es el dueño y señor por derecho; y su reclamo permanece inmutable hasta que llega el estruendo de la artillería en la batida, excepto por el canto entusiasta del zorzal charlo. El refugio del faisán es impenetrable para los merodeadores emplumados en virtud de

los incontables peligros que le acechan, por la ginebra y las armas y finalmente por la horca del cobertizo del guardés; el zorzal charlo a la orilla tiene poco que temerle al arrendajo o la urraca, cuya venganza y astucia a menudo aventajan a su valentía contra otros superiores en tamaño.

Los setos bajos de avellano y la amenaza de las pistolas de resorte confinan al viandante al sendero y a las empinadas orillas salpicadas de anémonas desde mediados de marzo; pero las galerías del bosque, con su sucesión de cantos de aves y ardillas que aman los abetos, sus innumerables prímulas entre los troncos y la visión de vez en cuando de un pito real esmeralda y rubí, o al menos el elevado sonido de su risa, son una delicia perpetua incluso para el lego. Es un placer inquietante, en el zumbido de una noche de verano, caminar entre los arbustos, donde a menos de diez metros de distancia el chotacabras resuena líquido en la oscuridad o, con un ruido de plumas, se sumerge en el silencio oscuro del bosque. Pero ahora a la misma hora, o cuando abre el día entre la lluvia caída, casi no hay ningún sonido, si acaso alguna alondra en la colina lejana, y las flores de la celidonia menor bajo la luz turbia son como motas de sol sobre la hierba a mediodía entre los árboles. Ya se ha producido un cambio en las mimbreras, que se inclinan aquí y allí al otro lado del arroyo que escurre por el bosque; en cuanto a las abejas, en unos cuantos días de búsqueda entre los amentos dorados, que las ocultan como el trigo al segador, han convertido las palmas en un tono de pálida seda, y los rayos de sol danzan ahora entre plata en lugar de oro. Bajo las mimbreras, en sus delgadas sombras, las hojas de la bardana ondean incesantemente al viento que sube por el arroyo y, de la misma forma, las hojas anchas y cóncavas de la hiedra baten con el viento la corteza del roble con un sonido que casi engaña al oído por su parecido al golpeteo del pájaro carpintero.

A medida que los abetos se hacen más densos, las prímulas son más escasas hasta que en la profunda sombra perpetua

ninguna anima la oscura alfombra de agujas. Ahora los troncos de fresno suceden a los abetos y las flores vuelven a ocupar el césped donde mordisquean los conejos. La más frágil hierba del almizcle, con su pomo verde de pétalos pasa desapercibida como flor, se mezcla con las flores comunes de principios de primavera y con ramas de fotinia, primulas, berros de prado y caléndulas acuáticas; mientras, el primer jacinto de los bosques se refugia bajo las nubes de flecos de las flores del endrino. A veces, la forma de estatua de un viejo fresno, salvado de la podadora que ha desmochado los demás, se eleva entre los troncos agrupados, como un enorme barco que se yergue entre el laberinto de naves menores. Las ramas están llenas de flores rojo oscuro en los brazos caídos de los fresnos, pero hay tan poca textura entre las ramas enlazadas que las flores, que en el olmo dan sensación de una bruma morada, no llegan a colorear el perfil del árbol. Parejas de carboneros garrapinos, volando de aquí para allá, se apresuran entre las nubes sulfurosas del polen de las flores del fresno cuando se posan sobre las ramas más finas. Del conjunto, especialmente cuando una rama cargada de flores se inclina hacia el suelo, llega una débil fragancia como de corteza pelada. Una sombra parece haber caído sobre las flores del almendro allí en el huerto y languidece con la llegada del ocaso.

Largas hileras de tilos, vestidos de gris, por así decirlo, por los líquenes, avanzan hacia el límite del bosque desde la mansión de la colina. Sus brotes brillantes han estallado y ya no tienen esa suave luz rojiza alrededor; en su lugar hay innumerables hojas abriéndose, que, sobre las ramas más delgadas, parecen una lluvia de copos esmeraldas detenidas en mitad de la caída. Las hojas jóvenes, recién brotadas, cuelgan todavía y, cuando las parejas no se solapan, están colocadas con gracia como las alas curvadas de las avefrías que descienden volando. A intervalos, más allá de los tilos, los álamos negros con sus troncos rugosos y contorsionados, y olmos más altos cuyos troncos aparecen moteados por abajo

por las hojas recién abiertas. Sobre los álamos, una abundancia de amentos rojizos se ve iluminada de pronto cuando el sol sale un instante a través de las nubes; pero enseguida desaparece el destello y, a cierta distancia, los amentos blancos pasan desapercibidos.

Las orillas empinadas se alejan de los setos de avellanos imitando la ladera de una montaña en muchos detalles. Aquí y allá hay una grieta que bosteza donde el moho se ha deslizado hacia una caverna en miniatura; mientras que los musgos colgantes visten la rugosa ladera como si fuera un bosque. Entre estos terraplenes parecidos a acantilados, en sus hendiduras, se esconden los ratones de campo cuando suenan cercanos los pasos de un extraño o el lento y paciente zumbido de los abejorros que entran y salen; de vez en cuando una comadreja se cuelga entre el rastrillo de musgo y raíces para evitar al enemigo que pasa. Con frecuencia el musgo adorna las raíces asurcadas de algún árbol muerto o moribundo y extrae su último sustento muchos metros; de nuevo es el tocón de un árbol viejo que hace mucho dejó de verse, oculto entre el musgo; a menudo, también, una piedra del muro de la acequia que yace ahí desde que la caza dispersó las capas de arriba del muro, y ahora se oculta bajo la superficie. Desde fuera del oscuro musgo una frágil oreja de ratón crece en espirales de hojas de cristal claro. Y aquí el zorzal ha dejado, con los laterales destrozados, una hermosa concha de caracol de delicadas rayas naranjas. Las hojas purpúreas de la hiedra trepan por el brote gris piedra de un fresno joven, rodeándolo ligeramente como la hiedra o la vid que forraba el tirso de otros tiempos. Esta parece una corona de hiedra más delicada que la común y las hojas anguladas, apretadas contra la suave corteza, parece que estuvieran cinceladas en la misma madera, solo las tiernas venas verdes sugieren vida en su interior.

Los alerces, cuyo contorno gris apenas se ve iluminado por las hojas nuevas, forman un cinturón en el bosque más

allá de las píceas siempre verdes. Tiernas flores rojas adornan las ramas que cuelgan como cadenas, donde se abren las primeras hojas. La cadena está compuesta de eslabones ahora grises, ahora rojos, y a menudo verde pálido. En estos abetos de fuera que dan al sendero se han reunido gran número de zorzales reales y, anticipando el esplendoroso sol, quizá, su viaje de vuelta hacia al noreste hacia otros abetos distintos a estos, llenan el aire con el jaleo incesante de gritos rivales. El sonido de muchas alas, mientras cambian incansablemente de rama en rama o se adelantan al intruso, se ve ahogado por el penetrante coro. Durante toda la mañana luminosa sus tácticas permanecen invariables: jaleo y batir de alas llegan continuamente desde los árboles. Más adentro en el bosque, donde las píceas dan impenetrable refugio a la mirada, el lamento de la torcaz, oculta entre las ramas curvadas, zurea cerca y lejos; o con vuelo apresurado, una se eleva rápidamente y cae entre los árboles. Igual que los estorninos, en menor medida, ocurre con las torcaces y casi todas las épocas del año pueden verse alimentándose en bandadas. Cuando se elevan del césped o de los surcos el sol brilla sobre su plumaje de franjas blancas; balancean la cabeza mientras caminan entre los troncos, hay un cambio en los tonos que permanece en sus cuellos, del color del tafetán tornasolado. Aunque en menor número que cuando se amontonan en los campos llenos de frutos tiernos, el repiqueteo de sus duras plumas despierta a la tropa completa del bosque cuando vuelan entre los robles, revelando bajo la luz del sol el orgullo de sus alas.